

LUCIÉRNAGAS BAJO LA TIERRA



PROGRAMA
EDITORIAL
CHINGAMU

Renée Nevárez Rascón

Luciérnagas bajo la tierra

Renée Nevárez Rascón



Colección
Con Trayectoria

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editoriales (Jurado)

Alfonso Granillo

Aranza Domínguez

César Ilzivir

Cynthia Piñón

Gustavo Macedo

Ruby Myers

Verónica Granados

Víctor Hernández

José Arturo Santillanes Hernández

Programa Editorial

Heber Mauricio Rivera Anguiano

Fomento a la lectura

Diseño y maquetación

© @somoscreatura

Arte de portada:

“Luciérnagas” de José Lucero

Avenida Juárez y calle Sexta, #601,

C.P. 31000, colonia centro.

ISBN en trámite ante INDAUTOR

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.



PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2024



Sin los libros, las mejores cosas de nuestro mundo se habrían esfumado en el olvido.

—Irene Vallejo

Pocas cosas han influido tanto en el desarrollo y transformación de la historia humana, como la invención de la escritura, pues escribir nos permite moldear y dar forma al pensamiento en una proporción no alcanzada por ninguna otra de las artes. Así, desde el Gobierno Municipal seguiremos promoviendo el Programa Editorial Chihuahua (PECH), por medio del Instituto de Cultura, ya que ello representa una oportunidad para los nuevos escritores.

Debemos recordar la importancia del PECH como una colección de obras que ha dado y dará voz a las y los autores chihuahuenses, pues la literatura, es decir, el arte de la palabra escrita, es un instrumento y una habilidad que nos brinda identidad. Las personas son lo que leen, y también lo que escriben. Para este año, además, conscientes de que nuestra infancia y nuestra juventud también merecen un espacio propio, presentamos por primera vez la colección infantil y juvenil.

De esta manera, el gobierno municipal continuará apoyando a las y los autores locales, como una muestra de su compromiso con las artes y la cultura chihuahuenses.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

*La primera persona en la que
deberías pensar en complacer al
escribir un libro es a ti mismo.*

–Patricia Highsmith

En el Instituto de Cultura del Municipio estamos muy contentos de presentar la nueva colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) 2024. Programa que sigue siendo un espacio vital que da voz a las y los autores locales, cuyas obras reflejan la riqueza y diversidad de nuestra cultura. Hoy, más que nunca, es crucial seguir publicando relatos, cuentos, poemas y novelas de alta calidad, y nos enorgullece anunciar que, por primera vez, también incluimos literatura infantil y juvenil.

Agradecemos profundamente a nuestros autores, a la comunidad cultural, y al invaluable apoyo del Gobierno Municipal, que hacen posible que este proyecto siga adelante. Sigamos formando nuevas generaciones de lectores que fortalecerán el tejido cultural de nuestra sociedad.

Con gratitud y alegría,

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

Luciérnagas bajo la tierra

Renée Nevárez Rascón

En medio del invierno descubrí
que había dentro de mí un
verano invencible... no importa
lo duro que el mundo empuja
contra mí; en mi interior
hay algo más fuerte, algo
mejor empujando de vuelta.

El verano, Albert Camus

A mi hija Io Maura y a mi madre
María Cruz, tantas veces y tan
noblemente renacidas.

Gracias a todo lo que me ha hecho regresar
de las cenizas.

N A C I E R O N A S Í

Eran luciérnagas, estaban adentro
pospuestas.

Una raya de luz escindió la faz de los cajones

y flotaban
las partículas de polvo.

Lo demás: **unatupidaoscuridad.**

Abrióse la luz:
eran luciérnagas.

Fui soltada del peso de mi muerte
arrebataada de la tierra ^{al vuelo}.

Y con el alma sin memoria
que sabe solo vivir
abrí los ojos y medí la inmensidad
con los brazos del recién nacido
en el vértigo del mundo.
Nacieron así.

No pude morir
tendida en el pudor de mi abandono.

Morí despacio
presa en la masa de las sombras
que la tarde estira
pegadas a los pies del mundo.

No morí de una vez, no tuve valor.
Solo dejé de vivir y no había nadie allí
y el mundo
se había
marchado.

No fue la soledad de siempre
fue la del sopor entre las piedras
el encierro de las alimañas
ciertos vestigios al fondo del sedimento.

Fue la soledad de oír
y ver a destajo por primera vez
la estrepitosa compactitud
que somos al nacer.

Esa soledad.

Huérfana de la Madre Voz
miré con tierra en la mirada
llena de gusanos hartos de mi vida.

El mundo nació de su raíz
por las patas de las sillas
y los púlpitos de las ara
ñ ñ ñ
 ñ ñ
 as.

Este, mi mundo, nació
sin escombros qué socavar
y vi con los ojos sin juicio
de la muerte
desde la niebla del cuerpo
así como el que nace
y no sabe asir al mundo.

Respiraba

igual que las estrellas respiran
detrás de las nubes.

Habíame dentro un millar de luces
y del ramaje de mi muerte (falsa)
pendían luciérnagas como lunas.

Al fondo, en la inconsciencia
sin voz del aire, respiraba dura y frágil
...así ha de respirar la hoja marchita.

La savia vertía su mosto sobre la tierra
y se propagaba en la oscuridad
el ojo de los cocuyos
que sintieron el aire en mis pulmones
y rayeron de luz mi pecho.

En un latido repentino aspiré, desesperada
sin completar el ansia del primer aliento
del oxígeno brutal...

De la sangre suspendida
bajo mi piel
criáronse luciérnagas en los cajones
del alma
apuradas de ser para nada
por la vida
que obedece a no sé cuál principio:
renacer sin causa
(no hay mérito en la existencia).
Y a la orilla de existir
de oír y ver sin causa y sin mérito
me nombró la vida.

De pasión se iluminaron
las larvas de mi tumba
del fuego del alba que irrumpe
desmemoriado.

Ellas nacieron a su destino
por pura pasión que enaltece la flama
y arrebatada del éxtasis
el néctar de la vida.

Nada regresa a su simpleza
después de la pasión
aún si la mecha expira.

La pasión enciende una bujía
en las entrañas
y alza la vida a su plenitud:

anilina con alma de paisaje
una ventana que sueña
c o n a b r i r e l v u e l o .

Y de las sillas en las que se ha podrido
el apuro de la espera
del verdisquebrajo que se rompe
en los jardines
el verdisquebranto
y de los rincones donde tiritaba **noviembre**
con los pies azules.

Del tiempo ido y el destiempo
del disparate al cabo de la estupidez
del silencio por el bulto del canto
suspendido
de la acritud del desencanto
y el cochambre del pavor
de las cenizas de esto
que he nombrado
aparecieron.

EL AVISPERO

Morí de ningunanza
en El Avispero
su yoyismo, yoyísolo
epifoco yoyuno
unívoco, egótico
insulso, iyólatra
yoyomaniaco
yomisolo, yomimismo
yoberto, yofredo
yo mayor, yo redentor
yo sostenido.

Bajo el sofoco del aire emponzoñado
floreían los cactus de mis versos
abultando el hispido lomo
y atesorando las aguas de sus tunas.

El rebullir del Avispero
no llegó a presentirlo
como no presiente el veneno al manantial.

No me horrorizaba tanto el veneno
sino acabar siendo lo que es.

Me aterraba El Avispero
morir despedazada
en la cuchilla de sus fauces
caer en la fosa de sus entrañas
y ser, fundida en su sangre, lo que es.

I

El silencio ahí es un cadáver
arrojado a su tumba cada día.
Los silencios que sobreviven
se ocultan detrás de los objetos
y tiemblan por las esquinas
donde se acumula el polvo y la sombra;
 por no callar
 no callan ni las paredes
 cuarteadas a portazos
insuficientes al cabo
de escapar del estrépito
cuando el ruido punza y arrecia.

II

El Avispero consume y transfigura
hasta la belleza más inquebrantable
hasta el último retoño.

La belleza mitiga el hambre
del Avispero
y El Avispero la convierte
en la sangre de su ponzoña.

Paridos por la entraña deletérea, los seres que nacen en El Avispero son arrojados a la luz borrosoturna del páramo.

Madre Avispero avanza, aún si entre sus patas degüella a sus propias crías.

Ellas se fían de su seno, pero la madre solo cría leche cruda de lumbre.

Madre Avispero concibe y suministra el veneno y sus hijos, apenas puedan sostenerse en pie, huyen de la malquerida al tiempo que sueñan con ser como ella es y aniquilarla.

Lloran las víctimas del Avispero sus días de inútiles plegarias.

Las estrellas son el precario alivio que, bajo el negror del Avispero, se vuelven más intensas.

Hay noches de esplendor tan deleitable, que son difíciles de ocultar y se derraman o se cuelan por las ramas de los árboles, prendidas a ellos como luciérnagas.

Hay noches semejantes a la palma de un Dios que sonríe desde los astros, murmurando *sigo aquí*, y en ese único instante, el grillo canta y la luna resplandece sobre las almas.

Cautivadas, las almas del Avispero miran al cielo y este continúa, a pesar de todo, reflejándose en los pozos infernarios.

Si hay un Dios, qué terrible abandono de su abrazo, cuánto silencio suyo en el fuego ardido a los pies de los dioses y cuánta reserva de Dios sobre los necios.

Si hay un Dios, nunca presidió la mesa del Avispero, cuando el cucarachal se arrojaba sobre el pan y sobre el hambre.

Y si no lo hay, qué rodar del mundo sin espíritu: el desamparo, y cuánta soledad del vacío sin nombre y sin figura
sin siquiera ausencia de Dios.

Todo el tiempo era noviembre
el vendaval sacudía los tallos
y azotaba su correa contra los árboles tiesos.

La cordura casi extinta
por la herrumbre del olvido
yacía bajo la tierra encostrada por el hielo
y tanto hielo entumeció la cuenca de mis oídos
que no reconocían el nombre de las cosas
ni a la vida.

Todo el tiempo era noviembre
que ni el pabilo del aliento pudo encender
que ni la luna parecía irradiar
más que su legítima opacidad.

El mundo se redujo ahí a sus migajas
la savia fue destilada en amargura
toda vida rociada en lágrimas
toda belleza en blasfemia.

Un desierto, cuyas arenas fueron
migajas de un pan inalcanzable
terminó por arrasar conmigo
y en plenitud de lucidez
perdí la guerra;
no pude salvar lo sutil
—eso que también importa—
en garras de la absurdidad.

¿Cómo detener un avispero?
¿Cómo pactar con la absurdidad?
No hay milagros
no hay amor que aflore.

De haber existido ahí
Ellas, mis luciérnagas,
no habrían podido resistir.

Tuvo que ser derrotada la absurdidad
hubo que nacer de nuevo.

Y de los cajones íntimos
en la memoria del alma
que la muerte no puede vaciar
nacieron.

Hay almas que engendran pájaros
ciempiés, avispas
y renacen a eso y son eso.

Yo renací de un brote
de luciérnagas bajo la tierra
crías de luz
en una tumba imaginaria.

Mucho antes de ser luciérnagas, el nido de mi pecho fue un avispero.

Avispas sobre las aguas, en la sopa de los días, avispas en la fuente donde las aves limpian sus alas.

Ahí, en el agua mansa, el zumbido la erizaba.

Y mis ojos estaban presos del Avispero, mis labios verdes y secos, y de mis manos brotaba el veneno del enjambre.

Pensé, loca de miedo, que morir sería el único atributo de mi voluntad.

De los sitios infinitos de mí misma, fui a parar al Avispero, donde el alma acoge el pavor de sus espantos.

Yo misma ideé la angustia y le sumé el aliento de mi vida y, después de recrear la pena, esta vida mía acabó siendo un lienzo que solo traslucía sombras dolientes.

Acudieron a la ciénaga de mis lágrimas los seres del pantano: reptiles hambrientos, musarañas, insectos de la humedad y ahí, en un légamo, finqué mi casa con una ventana ciega.

Trastocada a causa del silencio, en mi cabeza no cesaba de bullir un zumbar: era el avispero de mis pensamientos.

Un envilecido murmullo se ocultaba al fondo de mis sábanas: avispas de patas largas y laxas, avispas detrás de las cortinas, que hasta en el luto de mis recuerdos revoloteaban.

La música parecía imposible, abatida de noche y de día en mi alma.

Soñaba con un silencio dispensado de gusanos, con las brasas del hogar, el resbalamiento del río y las hojas que duermen a su costado, exentas de alimañas.

Y nadie presintió la cerradura, como el ciego no distingue la oscuridad, sino como la niebla que lo arroja desde adentro.

Después de tanto morir, de echarme entera a la fosa, de culpar a no sé quién y a no sé cuántos, tardé una eternidad en comprender quién era El Avispero:

Yo.

**LA MUERTE DE LOS
PURAMENTE VIVOS**

Como en el vuelo del aura
que, una vez nutrido de la muerte
se alza
me alzo yo de la muerte generosa
de los puramente vivos.

Y en este dolor de mala muerte mío
y a la luz de su muerte rediviva
como afirmarí­a el santo Pascual
digo que vivo en ella, en ellos, en el amor
y que muero en mí y debo nacer en todo.

Hay un *fluar* en el silencio de la muerte, una esencia que despide el alma y que irradia después sobre los vivos.

Es un desplegar del espíritu sin artificios de las apariencias. A merced del tiempo será liberado, desnudo y descalzo y entenderemos. La esencia arrojará su luz y despertará en los vivos, como un niño huérfano, el instinto de amar.

Amaremos el pan de sus días y alabaremos al Dios de las junturas, que hubo de arrimarnos en una sinfonía. Y entonces, a la sombra de la muerte, entenderemos, pero no nos será dado conocer su paradero para hacérselo saber.

No se salvaron del Avispero ni del viento que se arroja ahí a los barrancos, furioso de libertad.

Ninguno se salvó de la ingratitud, del néctar y el reflujo del amor, como no se salva Dios de los hombres.

Solo pudieron arder.

Solían brotar sin resabios, firmes en su muerte y, en su vida, hermosos y de nadie.

El Avispero no pudo corromperlos, murieron vivos luego de haber escapado del garabato de las pequeñas muertes.

Yo morí ciega, ellos murieron en una ráfaga incendiaria y se llevaron el amor de vivir a donde diera, quizá, mejores frutos.

El amor no florece en la adversidad, tal vez solo puede trascenderla.

Hay seres que renacen del suelo de su muerte y que, en vez de acallar su voz, cuando se van, como un rayo que hiende en la memoria, se siembran allí y nos **crecen**.

A Luna

Nunca vi un ápice de alivio en la piedad de su sonrisa. Le dolía vivir con dolor inocultable de quemazón, dolor de mar hundido, cenizas de mar en llamas y amar sin Dios que venga y lo vea.

No pudo hallar cabida en el mundo del ningunero, tampoco en los atajos de la verdad o en el empacho del gentío. Solo sabía rescatar las cosas de su modestia cotidiana, sabía, sobre todo, iluminar.

¿Cómo podría vivir un ser incorruptible sin daño del mundo?

Y ahora no sé a dónde ir a buscarla en su muerte incorrecta, sin saber si consiguió alivio siquiera en ese instante.

Ella se marchó en la quietud del desencanto, firmemente, a donde ni el amor pudiera encontrarla.

A un ruiseñor

La eternidad, que mi vida no ha pagado aún
me pertenece sin haber concebido
sus anchuras
más que por la dimensión de tu partida.
No creo en la raíz de tu nadir
ni consiento en el humo de tu piel y de tu risa.

Detrás del tirón
que de tajo cegaría la luz de tus ojos
quedará el vislumbre, el aura del eclipse
tu corazón, sin éxito apagado.

No sé de la eternidad, sino del silencio tuyo
doblando la espalda de mis horas
y del instante de tu vuelo
que nunca vi y que no olvido
sostengo en mis labios el temblor del beso
que jamás deposité en tu frente.

Debo tocar la frontera de tu desalojo y medirme con ella. Es necesario indagar en tu silencio y pagar la deuda de mi llanto, por si quedan vestigios de ti que no he vivido, vivirlos, que duelan como la sangre derramada que no regresa a las venas y seguir los pasos de tu ausencia, su cascajo. Es preciso agotar las mil veces de tu risa hasta que no quede más de ti que tú sin mi aflicción.

Te vuelves colosal en la distancia
con un silencio de ti más vivo que el gentío
cada vez que te sueño y te despierto.

Quiero creer que sigues con vida no sé dónde
debe ser la nostalgia por una inmortalidad
que los seres evocamos ante lo irrevocable
el destino absoluto de **borrarse**.

Niega mi corazón
el soplo que ha silenciado el tuyo
por más que palpe entre sus dedos
las cenizas de la carne
por más que no lo engañen los sentidos.

Si el aliento de las nubes y el aura de los días y los hombres no son más reales ni más intensos frente al humo de la muerte, ¿cómo concebir la excelsitud de la vida?

¿Cuál es la redención, toda vez cerca del linde, si desde ahí no puede ser contemplado el garabato de la realidad para redimirlo?

Y si esta vida no recobra su cordura
ante la muerte
y si los seres no trascienden a otros
con su flama
y si no somos esas luces
que contemplan los astros desde lejos
¿qué sentido tiene todo esto?

¿Y si no llego a encontrarte
y si no me puedes arder?
¿Y si el amor se apaga con la muerte
y La Vida es solo *una vida*
es esta, confusa y transitoria
nuestra última verdad?

Si no se regocija
en las estrellas
si no vuela
su lumbre
y a nadie enciende
pobre el *alma*.

Cada paso suyo
hincará una señal
que la voz de la lluvia
colmará de lunas.

El reflejo de sus ojos
era un nido de luciérnagas
que eternamente llenarán de luz
el vacío de su cauce.

Quiero creer que como el tallo
espoleará la tierra para nacer
al laberinto de las ramas
y que, sombroso de sauces
al pie del río
me cubrirá su dilección.

Guardo sus pasos
como el canto del grillo
en una caja.

Quién pudiera prolongar
sus brazos a los mundos
para ir detrás del misterio
y volver curado de lágrimas.

Recojo la estela de sus pasos
para escuchar
el ave de su risa
que vierte el humo de su voz
arrojándome a la multitud
de sus migajas.

¿**C**ómo regresar
de la patria de sus manos
del radio y la luz
de su ocupancia?

¿Cómo ser la ordinariez
al cabo de ser
Ama Da?

No habrá pecado allí
donde hayáis ido
 habrá perdón
el perdón de la vida
sin fronteras

uno solo entre los mundos
 sin contrarios
como Dios
como el amor.

LA PASIÓN

Donde hubo luz, queda el eco de la luz a la espera de volver a ser el día, como algunas estrellas que son el reflejo de su propia extinción hace millones de años.

Del pan de la memoria se desprenden las migajas con su destino de nutrir o el eco de nutrir desde aquello que fuera el polvo iluminado de los días.

El pozo de mi alma, en el que las estrellas se arrojan, es un brote lumínico de mi alma que se abre paso en medio de la oscuridad.

Sean luciérnagas.

La panza de los patios se cubre de marzo
de tréboles, de hierbas
y crecen de sus cien ombligos
las mechitas verdiniñas de la tierra
sus frágiles simientes
y los nudos en las ramas callosas
de sus troncos.

Los pájaros se precipitan en bandadas
con la rápida sinergia de sus espasmos
y hay un mar iridiscente en el cielo
una marea de luz
vertida en el silencio de la vida
impaciente de pétalos.

Florea el galán de noche
como una tonadilla
que se desplaza por las aceras.
¡Cuánta sutileza!

Un árbol de lilas invoca a los astros
en el silencio de la madrugada
y en la oscuridad, sofocando su júbilo
duerme el arrojito de la buganvilia
que aguarda la luz para ondear las faldas
de sus flores.

La noche desprende su aliento enardecido
es la voz que llama al Distinto
y lo fascina de savia y voladura
de pasión embrionaria
abrasadora.

La voz que se alza prófuga hacia las cumbres
y que en los valles penetra la estrechura
es la voz del *Polo Germinante*
y aquella que responde:
 la voz de *La Germinaria*.

El requebro del viento en el pistilo
ansiedad de estar allí y ser el botón.

El cauce que ha nacido para abrazar el caudal
la ansiedad del caudal por ser asido
y del cauce por ser la arriada.

Hay una sola voluntad inexorable en todo esto:
la voluntad de la resurrección.

Y el deseo del Distinto en el instinto
dador del aliento en la razón de perpetrarse
ante quién sabe qué dictamen ineluctable
es, quizá, la íntima resiliencia de la plenitud.

Es la sed del hallazgo presentido
el magnetismo del vacío entre los espacios
y es el poder sustentador
de la tierra y de la luz, del agua viva
y el influjo del amor
que germina y propaga su destino de nacer
que saben los seres
y lo llevan en la exactitud de sus moléculas
y se enamoran.

¿Cómo no ser subyugado
por el lujo de saberse lo deseable?
Algo pronunció mi nombre en la paz
del abandono

con un grito de luz que disipó lo oscuro
y volaron cientos de luciérnagas
del fondo de mi vida derogada en los pozos
en los cajones.

Una vieja inocencia
cuya virtud regresaba de saberlo todo
sacudiría la paz de *La Germinaria*
y esta, nuevamente pura, acogería el reclamo
siempre más hermosa que ella misma
y más seductora
como más atractiva parece la eternidad
en los brazos de Dios.

EL NUEVO SER

Criadas en mis pozos muertos
sentí su levedad.
Despegaron del nido y se aventuraron afuera.
Eso es todo: se aventuraron.

Había luciérnagas bajo la tarde
invadiendo la plaza de los vivos.
No sé si fue su hora de nacer o fue la mía.

Zafadas del cautiverio
resplandecieron sobre las cabezas de los niños
y ardieron entre las flores y los cepos
suaves y lentas, a sus anchas por el mundo.

Sentada allí, aningunada
el infinito abrió sus palmas
frente a mis ojos.

Algo fue liberado de mi fosa
y las cosas y la gente florecieron del encierro
a donde habían sido conminados en espíritu
entonces, en vez de nacer a la vida,
la vida nació de mí.

Ellos, mis amados
estuvieron todo el tiempo frente a mis ojos
pero no pude ver
porque no pueden ver los ojos
en los que todo ha muerto.

La luz del mundo regresó por mí
sembrada de luciérnagas
que tiraron de mi pecho hacia la vida
y me arrancaron de los gusanos
a la resurrección.

Y dejé de morir
de pie, como el árbol sin sustancia
cuajado de estrellas a medias de la noche
mientras la luna contemplaba a los amantes

por el **O**jo de las ventanas.

Y si vuelvo a morir
que no me alcance el desmayo
de la muerte.

Si vivo que ruede, que vuele
que libere la aguaza de mi herida.

Si muero, que muera sin daño de morir
satisfecha de morir
y consumida en la guedeja de mi flama.

Sobrecogido, sobre encendido
el poeta ha de morir pleno y exhausto
con las palmas abiertas y los brazos
ha de morir sin sueño, sobre creado
encharcado ha de morir en el delirio
claramente dueño de su muerte.
Ha de morir de suelas traspasadas
vuelto del revés, pulsado
sediento de palabras
libre, desfachatadamente inocente:

VIVO.

Los noes abortorios
las nubes que firmaron sus promesas
las aguas que agotaron su frescura
vida, ¡eran vida!
Las caricias sin alas, los besos espantados
fueron vida.
Deambulaban por el patio del espíritu
que bebía los rayos de un noviembre sin sol.

Eso que nunca fue pronunciado
de rodillas en el hormiguero
eso trunco, la vela humeante
fue la vida también
desechada por impracticable.

El dolor de lo no vivido es la vida poderosa
y derrotada
como una fiera que deja el vacío estrepitoso
de su chillido al morir.

Vivir

estar despierto

la luna, arder

el amor

el vacío en el umbral

oír y ver

estar despierto.

Para vivir hace falta el alma, no solo el guirigay del cuerpo (pero el cuerpo también es el alma).

Hace falta un cielo redentor del óxido mundano a donde vaya todo repleto de sí mismo y el Dios de las palabras, que lustre la plata de la simpleza.

Hace falta morir enamorado y amar puramente vivos sin salvarse unos de otros, sin comer el fuego del amor por la brasa de los días.

Amar y morir es casi lo mismo, pero no existe la muerte en el amor.

El amor es una resurrección.

T O D O E L T I E M P O
E S T U V E V I V A

*E*l *Allá* es un lugar sobreseído
en el que los espectros se miran
con los ojos huecos de la ningunanza.
Allí las paredes duermen bajo la cal
que deforma sus frentes.

En la exactitud de la vida
la memoria es un relato celular
y el miedo una antiexistencia.

Estuvo el alma *Allá* sin sangre, viva
pero la vida sucede *Aquí*
lo más cerca al bulbo
sostenida en la carga nutricia de su tallo
y sin memoria del proceso que la explica:
florecer.

Florecer es un Sí
con un solo sentido del compás
y un solo verbo: Ser.

Detrás de la belleza ancestral
contemplo la belleza renacida
más plena de sentido
que cuando mis ojos
se abrieron por primera vez.

Esta es la primera vez
que mis ojos saben lo que ven.

Soy el tallo de la espiga
y me desprendo como la hoja sin savia
sin miedo
de puro vacío y levedad:
ligereza del cuerpo, que es el alma.

El cuerpo no es ajeno ni contrario
lo diré una vez más:
el cuerpo también es el alma.

Hay música en mí
la música de la luna que rueda por las aceras:
esa luz infiltrada por un árbol
de brazos abiertos
que solloza en la ebriedad de su perfume.

Hay luz de música por los arroyos
que brillan entre las piedras
cuando el agua resbala por su lomo liso.

No dicen grandes cosas
como yo, las piedritas triquitan
su osadía.

Al fondo de mis tapias derruidas
después de la quema
surgió del casquijo la pequeña dilección
de las piedritas
que solo saben cantar sin pausa de su música
cantar
como yo
muerta mal
viva mal
y renacida.

La música riega mis sentidos
como una guitarra pulsada por la lluvia
y oscilada a fondo en mi sonido
siento el temblor de la vida que renace
finalmente pura en mí y solo mía.

Se propagan los ayes del Allá
esto que la muerte insufla
y que se vierte después sobre los vivos.
Subyace bajo la piel a gritos
a gritos sobrevuela entre las almas
a gritos se alza ¡a gritos!
Pero ya no estoy ahí.

Esta larga humareda huele a la leña que soy
he aquí mi razón, sus causas y sus días.

Uno acaba siendo la carne de su Dios
tarde o temprano, por mucho que se esconda
como los brazos del árbol
que el relámpago perfila en la oscuridad.

Había luciérnagas bajo la tierra
con su pequeña danza de niñas
iluminadas.

Todo el tiempo estuve viva
tierra adentro galopaban mis latidos
en busca del aire
y en esta armazón de huesos
encontré un bagaje de cuerdas
que al soplo del viento fue cimbrado.

De adentro vino la música
de noche y de día en mi alma
se abrió como el botón que emerge
sintiendo la telaraña de su raíz.

Sintiendo en mi raíz estaba viva

y bro  é.



www.pech.icm.gob.mx

Este libro se terminó de imprimir en el año 2024.

Consta de un tiraje de 300 ejemplares.

LITHOMAPCOLOR, S.A. DE C.V.

Mariano Azuela No. 11510,

Complejo Industrial Chihuahua.

Chihuahua, Chih. México

Tel. (614) 481-0155

www.imapcolor.com

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2024

“Luciérnagas bajo la tierra” es el relato de una muerte voluntaria del alma en la que confluyen, tanto los motivos que llevan a la muerte moral (El Avispero), como la inspiración para regresar a la vida a través de un puñado de luces: eso que es precisamente el alma.

Este relato atraviesa por la amargura y el vencimiento, como ocurre en toda resurrección, pero de una forma intuitiva e inconsciente, el alma busca el camino que le permita respirar de nuevo y escapar de una tumba, si bien, voluntaria, igualmente asfixiante y tenebrosa.

“Luciérnagas bajo la tierra” habla a su vez de la muerte de otros seres (los puramente vivos), de nobleza y honestidad insoportables que, cuando se van, en vez de ser devorados por el tiempo y desaparecer, se vuelven inmensos.

Esta obra analiza también el aspecto de la pasión como el motor de la vida y reflexiona sobre su verdadero origen en la naturaleza, que da pie a la existencia y la perpetúa en su ritual de la seducción.